

Agde bajo el dominio de los godos, para obligar á un señor de esta nacion á restituir unos bienes eclesiásticos que habia usurpado, corrió á la iglesia de San Andrés, donde pasó la noche en oracion, y luego por la mañana rompió las lámparas pendientes de la bóveda, diciendo: «no lucirá aquí la luz, mientras no se restituyan los bienes de la casa de Dios (1).»

Sucedieron todas estas cosas hácia principios del pontificado de Pelagio II, que el 30 de noviembre habia sucedido al Papa Benedicto, muerto en el 30 de julio de este año de 578. Fué consagrado Pelagio sin esperar el consentimiento del emperador; porque los lombardos tenian sitiada á Roma. Lloraba toda la Italia bajo de su opresion: y estos bárbaros, en parte paganos, llevaban el odio de la fé hasta derramar la sangre. No faltaron algunos que quisieron violentar á cuarenta paisanos, que habian preso, á comer las carnes consagradas á los ídolos; pero estos fieles y generosos cristianos se dejaron degollar hasta el último. A igual número de otros prisioneros hicieron morir los ídólatras, porque no querian adorar una cabeza de cabra. El martirologio romano celebra en el dia 6 de marzo la fiesta de estos ochenta mártires que sufrieron la muerte en la Campania el año 579. Tres años despues, es decir, en el 582, arruinaron el monasterio de Monte Casino, como lo habia profetizado San Benito; pero segun la misma profecía, no causaron daño alguno á los monges, que huyeron todos y se retiraron á Roma, donde Pelagio les permitió edificar un monasterio cerca del palacio de Letran.

No trataban mejor á la verdadera Religion los reyes visigodos de España (a).

(1) Gregor. Turon. lib. 8 hist. c. 33.

(a) Digimos ya en nuestra nota de la pag. 203 que por muerte de Agila quedó sin contradiccion rey de

Leovigildo, que al principio de su reinado habia parecido bastante moderado, concibió

los godos Atanagildo. Durante su reinado tuvo no pocas guerras, saliendo unas veces vencedor y otras vencido. Húboselas especialmente con los romanos, á quienes él mismo para vencer á Agila habia atraído y secundado; pero sea que asegurado en el trono viese las cosas de diferente manera que antes, sea que quisiese estender sus dominios, ó sea que los romanos pretendieran tomarse mas de lo que tenian, y eso que estaban apoderados de una gran parte de España, tanto que su imperio, dice Mariana, se extendia del un mar al otro, ello es que Atanagildo se propuso echarlos de toda España; pero no pudo conseguirlo. Atanagildo estaba casado con Gosvinda, y de ella tuvo dos hijas, la una se llamó Galsvinda, y casó con Chilperico, rey de Soissons en Francia; y la otra, Brunegilda ó Brunegilde, que casó con Sigeberto, rey de Metz en Lorena y hermano de Chilperico. Asi Brunegilda, de la que ya habla nuestro autor, como Galsvinda, movidas de las exhortaciones de los obispos de Francia, abandonaron la secta arriana en que habian sido educadas, y abrazaron la doctrina católica. A propósito de esto y volviendo á su padre Atanagildo, no falta quien diga que secretamente seguia la Religion católica, á pesar de que en público profesaba el arrianismo, se cree que por no alterar los ánimos de su gente, en espresion de Mariana. Sea de esto lo que fuere, ello es que lejos de perseguir á los católicos los favoreció en diferentes ocasiones. Reinó quince años y murió de enfermedad en Toledo en el año 567. Máximo Cesaraugustano dice que este rey fundó en Toledo el monasterio Agaliense, asi dicho de una alqueria llamada Agalia.

Despues de la muerte de Atanagildo se siguió una vacante de cinco meses, siendo la causa de esto el que los principales de los godos, divididos en parcialidades y pasiones, no se ponian acordes en el nombramiento de la persona que habia de suceder á Atanagildo. Al fin Liuva, hombre muy poderoso y de grande experiencia de cosas, fué declarado por rey en Narbona, donde hasta entonces gobernó como virey que era de la Galia gótica. Comenzó á reinar Liuva en el año 567, segund del emperador Justino el jóven. De Liuva, dice el P. Mariana, no hay cosa que de contar sea, salvo que en el segundo año de su reinado declaró compañero del reino, con igual poder, á su hermano Leovigildo, señalándole por territorio la España y quedándose él con la Galia Gótica por haber vivido allí mas de ordinario. Tenia Leovigildo dos hijos de su muger Teodosia, hija que fué de Severiano, duque y gobernador de la provincia cartaginense, y por consiguiente hermana de San Leandro, San Fulgencio, San Isidoro y Santa Florentina. Los hijos de Leovigildo eran Hermenegildo y Recaredo. Muerta Teodosia casó Leovigildo con Gosvinda, que estaba viuda de Atanagildo en el mismo tiempo que por su hermano fué llamado á ser compañero suyo en el reino. Hecho rey, y siendo de gran valor y de mucha prudencia, asi en guerra como en paz, movió guerra á los romanos y en la batalla que se dieron en los campos bastetanos, que era donde hoy está Baza, quedó vencedor Leovigildo y espulsados de aquella region los romanos. En seguida puso á sangre y fuego la comarca de Málaga, y una noche tomó á Medina Sidonia que le fué entregada por un tal Framis-

despues un despecho furioso por lo que hubiera debido servirle de un medio poderoso de salvacion, esto es, por la conversion de su hijo Hermenegildo. Habíase casado este jóven príncipe en el año 580 con Ingunda, princesa de la sangre de Francia, hija de Sigeberto y Brunegilda, y católica muy fervorosa. Habia pasado su fé por las mas duras pruebas de parte de la misma reina Gosvinda su suegra y al mismo tiempo su abuela por parte de la reina Brunegilda, á quien tuvo de su primer matrimonio con el rey Atanagildo. Pero Gosvinda, ahogando todos los sentimientos de la naturaleza, y escuchando solo á su pasion por el arrianismo, la habia hecho sufrir por su propia mano á Ingunda los mas indignos tratamientos. Queriendo un dia obligarla por fuerza á rebautizarse al modo de los arrianos, y resistiéndose la princesa á las caricias y á las lisonjas, se apoderó tal furor de la implacable arriana, que asió á su nieta por los cabellos, la arrojó en tierra, la golpeó largo tiempo con pies y manos; y al fin bañada en sangre y cubierta de heridas, la mandó meter en un estanque de agua, como para bautizarla contra su voluntad (1).

Todo esto solamente sirvió para aumentar el fervor de Ingunda; la cual, siguiendo un método muy diferente con su esposo Hermenegildo, consiguió con la persuasion, con los atractivos de su dulzura y con sus buenos ejemplos, que se convirtiese despues de una larga resistencia (2). Cuando esta noticia llegó á los oidos de su padre, princi-

danco. Domeño tambien la ciudad de Córdoba, que seguia levantada desde que se resistió al rey Agila, y con ella otros muchos pueblos y ciudades comarcanas. Murió á la sazón en la Galia su hermano Liuva en el año 572 despues de un reinado de cinco años del que algunos le quitan dos, y asi quedó solo Leovigildo por rey de todos los godos. (N. del E.)

(1) Gregor. Turon. lib. 5 hist. cap. 39.

(2) Gregor. M. lib. 3. Dialog. cap. 53.

pió á perseguirle con mucha violencia y artificio (a). Observando que la prision, los destierros y los suplicios no servian mas que para hacer mártires ó confesores, mudó de método, y aparentó aproximarse á la Religion católica para seducir á los simples. Convocó un concilio de sus prelados hereges, hizo disponer no solo que no se rebautizara á los que abandonasen la Religion romana, sino que se cantase en lo sucesivo: «Gloria al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.» Esta falsa semejanza con la confesion de los ortodoxos, engañó y pervirtió á muchos.

Muy lejos estuvo de caer en este lazo el príncipe Hermenegildo, pues habia sido enseñado por San Leandro, obispo de Sevilla (b), y sabia que el rey de los suevos marchaba con sus tropas para socorrer á los católicos á quienes oprimia su padre. Pero el ardor de un celo reciente y todavia poco ilustrado, frustró sus designios y sus esperanzas. Creyendo servir á la Religion, y para secundar la generosa empresa del rey Miro, que era universalmente querido de sus súbditos, y hacer cesar las crueles vejaciones de Leovigildo contra los católicos y contra si mismo, trató desde luego este jóven príncipe de proporcionarse auxilios del emperador, y se abocó con el gobernador de las pocas posesiones que quedaban al imperio en la grande Hesperia. Pero el rey Leovigildo corrompió á este oficial griego

(a) En la disertacion que daremos al fin de este tomo hablaremos mas estensamente del reinado de Leovigildo, de su persecucion contra los católicos, de la conversion y martirio de San Hermenegildo, de algunos hombres célebres en virtud y letras que habia entonces en España, y de la conversion de los godos al catolicismo. Son estos unos puntos muy importantes para nuestra historia, y conviene tratar de ellos con mas estension que lo hace nuestro autor siguiendo el plan general que se habia propuesto. (N. del E.)

(b) Ya digimos en la nota anterior que era hermano de Teodosia, madre de Hermenegildo, y por consiguiente era tio de esto y de Recaredo. (N. del E.)

á costa de una suma de treinta mil sueldos de oro, y corriendo con precipitacion contra su hijo, le puso en la necesidad de refugiarse en una iglesia donde penetró él mismo, y levantando al príncipe que se habia arrojado á sus pies, le estrechó con ternura contra su seno y le aseguró que no le maltrataria. Hizo no obstante señal á sus tropas, las cuales le condujeron á Valencia, despues de haberle despojado de sus vestidos ordinarios y haberle puesto otros pobres y despreciables.

No pudieron apoderarse de su esposa la princesa Ingunda, que tomó el camino de Constantinopla con su hijo todavia niño que murió en el camino. Reconociendo Hermenegildo en su encierro de Tarragona, donde habia sido trasladado, la vanidad de las grandezas del mundo, puso todo su corazon y sus afectos en el cielo. A la dureza de su prision añadia sus austeridades voluntarias: dormia sobre un cilicio, oraba continuamente y pedia á Dios el valor de que necesitaba. La víspera de Pascua, durante la misa, le envió su padre un obispo arriano, prometiéndole su gracia si recibia la comunión de mano de este herege. Mas Hermenegildo despidió al seductor con indignacion, y mostró el mayor horror á sus seducciones. Inmediatamente el obispo dió cuenta al rey de su respuesta, y Leovigildo, frenético de cólera envió en el primer ímpetu algunos oficiales para que matasen á su hijo. Este Santo mártir murió de un hachazo que le abrió por medio la cabeza en el año 586, sábado Santo á 13 de abril, en cuyo día celebra la Iglesia su memoria (a).

Cupo tambien parte de las crueldades de este bárbaro fanatismo á los suevos

(a) No fué en Tarragona, sino en Sevilla, donde sufrió el martirio S. Hermenegildo; pero esta y algunas otras inexactitudes del autor las rectificaremos en la disertacion que hemos anunciado en la nota anterior.
(N. del E.)

que ocupaban la provincia de Galicia y que aun estaban en el primer fervor de su conversion. Subyugados por Leovigildo estos pueblos y reunidas sus tierras á su corona, pretendió al mismo tiempo sujetar su Religion y atraerlos al arrianismo. Mas no consintió el Señor que abusase mucho tiempo de su próspera fortuna. Cayó gravemente enfermo en el mismo año de la muerte de su hijo; y manifestando un vivo pesar de haberle mandado quitar la vida, confesó la verdad de la Religion católica. Impidióronle sin duda los temores humanos profesarla públicamente; pues San Gregorio el Grande mira como insuficiente la penitencia de este príncipe. Sin embargo, apenas advirtió el peligro de su enfermedad, mandó llamar á San Leandro, arzobispo de Sevilla, que habia vivido en estrecha union é intimidad con Hermenegildo y tambien habia sido perseguido hasta sufrir la pena de destierro; pidióle que concediese la misma amistad á su hijo Recaredo que iba á sucederle, y le hiciese abrazar la misma doctrina que á Hermenegildo; y poco despues murió en el año 586 de Jesucristo y el diez y ocho de su reinado.

Recaredo siguió efectivamente el ejemplo de su santo hermano, y protegido y ayudado el celo del nuevo rey con la mediacion del agosto mártir, supo ganar de tal modo á los obispos arrianos, desde el primer año de su reinado, que sin hacer uso de la autoridad los hizo convertirse al catolicismo. Mostró toda la nacion docilidad tan pronta y tan general, que este mismo rey se vió en estado de escluir á todos los hereges, no solo de los destinos y empleos, sino tambien del servicio militar. Igualmente redujo á todos los suevos, á quienes se habia pervertido en gran número; y no poniendo limites á su celo, esterminó la heregia hasta en la parte de la Galia Narbonense que pertene-

cia á sus dominios. Hubo murmuraciones, hubo tramas secretas, hubo conjuraciones poderosas. Conspiró hasta la misma reina Gosvinda, madrastra de Recaredo; conspiracion tanto mas peligrosa para el rey, cuanta mas confianza procuraba inspirarle Gosvinda fingiéndose católica. Todo, empero, se descubrió á tiempo, y Gosvinda libró al rey de ansiedades muriendo en estas circunstancias (1).

Tomar las medidas convenientes para dar á tan felices empresas la estabilidad que necesitaban, era ya el único pensamiento que ocupaba todos los ánimos. A este fin mandó el rey convocar en Toledo un Concilio de todos los paises de su obediencia, y aun de las Galias (2). Concurrieron setenta y cuatro obispos y los diputados de otros seis. Conforme á las intenciones del rey, se comenzó con un ayuno de tres dias, despues del cual se reunieron el 6 de mayo del año 589. Asistia Recaredo y mandó leer una profesion de fé firmada por él y por la reina Bada su esposa, en la cual anatematizaba á Arrio, su doctrina y sus secuaces, y recibia espresamente los cuatro Concilios ecuménicos, y en general todos los Concilios ortodoxos. Despues se fulminaron veintitres anatemas contra los puntos principales de la doctrina arriana, reprobando lo que sus defensores miraban como su principal apoyo en el Concilio de Rímni. Mandóse suscribiesen estas decisiones los recién convertidos, señores legos ó clérigos, entre los que se hallan ocho obispos godos de nacimiento, como lo demuestran sus nombres bárbaros.

En seguida propuso Recaredo se arreglase la disciplina para precaver los desórdenes ocasionados por la heregia. Los sacerdotes y obispos arrianos vivian con sus

mugeres como los seglares: el Concilio prohibió esta licencia á los convertidos, y á fin de precaver el peligro, tanto del escándalo como de la incontinencia, mandó que se separasen de habitacion, y si pudiese ser, de casa. Veda á todos los clérigos demandar á sus compañeros ante los jueces seculares bajo la pena de excomunion y de perder el pleito. Aparece con claridad por el último artículo, que las dos potestades eclesiástica y secular concurrían juntamente: innovacion que conviene observar, y que iba á ser comun á todos los pueblos que el cristianismo principiaba á librar de la barbarie. Acontece lo propio con el edicto publicado por Recaredo en confirmacion de este Concilio, en el que se decreta la pena de excomunion contra los clérigos y legos, la confiscacion de bienes, ó el destierro, conforme á la calidad de las personas. Mandóse igualmente en general la observancia, asi de los antiguos cánones como de las cartas sinodales de los Papas, y se proscribió todo resto de idolatría en las varias provincias sujetas á los godos. Procuró desterrar principalmente la práctica, tan inhumana como comun entre los paganos, de quitar la vida á los niños que eran fruto de la disolucion.

En este mismo año y con el mismo fin se tuvo otro Concilio en la parte de las Galias que obedecia á los godos (1). Reuniéronse en Narbona los obispos en número de ocho, y ordenaron que se cantase el *Gloria Patri* al fin de los salmos; lo que era una compendiada profesion de fé contra el arrianismo. Prohibióse á todo presbítero salir del santuario durante la celebracion de la misa, y á todo diácono, subdiácono ó lector, el quitarse el alba antes que se concluyesen los sagrados misterios; lo que nos hace ver que el uso del alba era comun á todos los

(1) Greg. Turon. lib. 11 hist. cap. 15.

(2) Tom. 5 Concilior. pag. 389.

(1) Tom. 5 Concilior. pag. 1028.

clérigos y que estaba destinada ya entonces para solo el tiempo del servicio divino. Se vedó observar el jueves como consagrado á Júpiter, y el trabajar el domingo, bajo la pena al hombre libre de pagar diez sueldos de oro; lo que componia una suma de cerca de diez escudos de nuestra moneda, y al esclavo bajo la pena de cien azotes. Estas penas temporales son una nueva prueba de que los jueces seculares se reunian con los obispos, y que se ejecutaban con exactitud los artículos de los reglamentos del Concilio nacional de Toledo, que les obligaba á ir á aprender de boca de los pastores (estas son sus palabras) el modo con que se deben gobernar los pueblos.

En todas estas obras de celo San Leandro era quien principalmente dirigia al rey Recaredo, el cual le amaba mucho por la justicia que le habia hecho el rey Leovigildo en un momento en que se juzga tan sanamente de las cosas; esto prueba concluyentemente que el destierro de este santo prelado y de los obispos ortodoxos mas celosos, fué solo efecto de la persecucion y no un castigo por haber ido en embajada á Constantinopla de parte de Hermenegildo. Tenia Leandro demasiadas luces, como se ve por varias obras que escribió, para prestarse á la rebelion bajo de ningun pretexto. Exigiria, pues, sencillamente del emperador, ó que interpusiese su mediacion con el príncipe herege á favor de los católicos, ó que asegurase un asilo al príncipe convertido y á su familia en caso de opresion. Este santo obispo fué muy amado y estimado siempre por el Papa San Gregorio, que en el mas alto grado de autoridad y de poder á que ministro alguno del cielo se haya elevado jamás, supo siempre dar á los soberanos del mundo lo que les es debido. En Constantinopla fué donde durante aquella embajada contrajeron esta grande amistad que manifestaron despues

por sus cartas, y á escitacion del santo obispo de Sevilla escribió San Gregorio el Grande la obra de los Morales sobre Job y se la dedicó; hecho que por sí solo demuestra mejor que todo otro discurso la idea que se debe formar del mérito y de la conducta de San Leandro (1).

Gregorio, diácono entonces de la Iglesia romana, era apocrisario ó legado del Papa Pelagio cerca del emperador. Este ilustre Santo, que fué sin disputa el mas grande hombre de su siglo, habia nacido en Roma, de una familia tan distinguida por sus virtudes como por su nobleza y opulencia. Su padre Gordiano era uno de los mas poderosos senadores, y la Iglesia venera como Santa á su madre Silvia. Gregorio contaba entre sus ascendientes al Papa Felix IV (a), cuyas nietas Emiliana y Tarsila fueron colocadas en el número de los Santos; él mismo fué pretor de Roma, es decir, jefe de la justicia civil de aquella capital del mundo. Cautivó la admiracion general desde entonces por su probidad, y se propuso servir perfectamente al Señor bajo del oro y la seda que su dignidad le obligaba á llevar. Mas conoció ó creyó conocer, que estaba mas apegado al mundo de lo que pensaba, y quiso romper todos los lazos que le unian á él.

Habiendo adquirido por la muerte de sus padres la disposicion de sus grandes bienes, levantó y dotó seis monasterios en Sicilia. Fundó otro en Roma y en su propia casa, que se conserva todavía y perte-

(1) Isidor. *de viris illustr.* cap. 28 etc.

(a) Asi dice Henrion; pero segun su catálogo de los Papas deberia decir Felix III, pues no cuenta en él á San Felix, que fué nombrado Papa por algunos en tiempo del Papa Liberio, y durante el destierro de este y con consentimiento suyo ó ilegítimamente, ejerció la autoridad Pontificia. En el catálogo de la Guia de Roma se le cuenta el 37.º Papa con el título de San Felix II; y asi segun este catálogo Felix III del de Henrion es Felix IV. (N. del E.)

nece á los camaldulenses. Él mismo tomó el hábito monástico, habiendo distribuido entre los pobres sus muebles y sus mejores vestidos, y sujetándose á la obediencia como el último de los religiosos. Poco tiempo despues fué preciso hacer violencia á su humildad para conseguir con las repetidas instancias de sus hermanos que fuese su superior. Componian su comida legumbres crudas, que le suministraba su santa madre retirada entonces en Celanova, que despues llegó á ser un famoso monasterio. Humedecia algun tiempo estas legumbres, y se las enviaba en una escudilla de plata, que dió al fin á un pobre, porque sus grandes limosnas le habian reducido á no tener otra cosa (1). Ademas de la austeridad de este régimen, estaba siempre ocupado ya en la oracion, ya en el estudio, ya en escribir ó dictar, lo cual debilitó su salud y le originó enfermedades continuas. Arrancóle de su retiro el Papa Benedicto, para hacerle uno de los siete diáconos de la Iglesia romana, y poco tiempo despues el Papa Pelagio le envió á Constantinopla.

Si en este principio de elevacion hubo alguna cosa que por ello pudiera consolar al piadoso Gregorio, fué el carácter del príncipe á quien era enviado, es decir, del emperador Tiberio, que acababa de suceder á Justino muerto en 578. Habia sido ya creado César en el año 574 por consejo de la misma emperatriz, que viendo á su esposo espuesto á los accidentes de frenesí, juzgó que no podia hacer cosa mejor que asociarle un hombre tan prudente. Esta eleccion agradó mucho al pueblo; porque Tiberio, á mas de la magestad de su aspecto y de su estatura, que fijaba en sí los ojos de todos, tenia á sus súbditos el amor sólido de un padre y la ternura de una madre (2); pero

sobre todo eran admirables su desinterés y su liberalidad, que le movieron á perdonar un año entero de tributos á todo el imperio, luego que se vió único soberano. Habiendo muerto el patriarca Juan el Escolástico, la ciudad de Constantinopla mostró el mayor deseo de que se restableciese á Eutiquio, y lo consiguió fácilmente. Su entrada en Constantinopla mas bien que un regreso del destierro fué una fiesta triunfal, y tanto mas digna del piadoso prelado, cuanto que traia á la memoria la entrada del Divino Pastor en el lugar de su sacrificio y de su vida nueva: tendiendo el pueblo sus vestidos sobre el camino, quemando perfumes y elevando ramos al rededor del obispo que venia montado en un asno. Respetábanle todos como á Santo, y la relacion de un gran número de milagros, obrados durante doce años de persecucion, se habia difundido desde Amasea á Constantinopla (1).

Profesaba sin embargo ciertas opiniones que se resentian de la doctrina del origenismo; pero estas solo eran consecuencias remotas cuya conexion con los principios no se percibia fácilmente, y las abandonó luego que se le hizo conocer el peligro. Habia afirmado de viva voz y por escrito que despues de la resurreccion nuestros cuerpos no serian palpables. San Gregorio, que no podia negar su estimacion á todas las buenas cualidades de Eutiquio, se dolia en gran manera de advertir en él esta mancha é intentó hacerle mudar de opinion. A este efecto tuvieron ambos una conferencia formal, y no fué difícil al sábio legado confundir al patriarca; mas no le convenció tan pronto de la verdad, ni del modo con que la singularidad de su opinion manchaba su fé. Eutiquio defendió que no era opuesta á lo esencial del dogma de la resurreccion. Gregorio opinaba todo lo contrario, y juzgó que

(1) Joann. Diac. *Vit. S. Gregor. M. cap. 9.*
(2) Evagr. *lib. 3, c. 13; Teoph. passim.*

(1) *Vit. S. Eutich. ap. Bolland. die 6 Apr.*